

del rey á los nobles y al pueblo, mediante una religion diferente, y que bajo una fingida democracia desviaba de la corona lo que tantos años habia empleado la corona en conquistar.

Enri-
que II.

Enrique II, sordo á los consejos paternos, llamó á su lado al duque de Montmorency que estaba en desgracia; elevó á los primeros destinos de la nacion á los Lorenas, duques de Guisa, y se dejó de hecho gobernar por ellos y por su mujer Catalina de Médicis. Esta astuta Italiana, sobrina de Clemente VII, heredó la astucia de su familia, y se abstenia de las intrigas políticas y galantes para dirigirlo, cerrando los ojos respecto de sus amores con Diana de Poitiers, dama de treinta y dos años que habia subyugado á Enrique, que tenia trece, y que llevaba los colores de aquella en los

1530.

torneos, y cuyas armas puso en sus vestidos y hasta en las fachadas de los palacios. Los Guisas, obligando al delfín á que se casara con su sobrina María Estuardo, reina de Escocia, enemistaron á Enrique con Inglaterra, á la cual quitó á Boulogne; la ocupacion de Parma le enemistó igualmente con el papa, é hizo una protesta en Trento, que no miraria nunca el concilio sino como un partido al que no obedecería; protegió á los Alemanes reformados y á Mauricio de Sajonia; para vengar en Carlos V las desgracias de su padre, y romper en su frente el esperado cetro del mundo, invadió cruelmente á Alemania, como hemos visto; pero la batalla de San Quintín causó mas descrédito que daño á Francia. No tardó en recobrar su buen nombre; Guisa, abandonando á Italia, tomó á Calais, que se creía inexpugnable: en fin, en la paz ajustada en Chateau-Cambresis, Enrique renunció á las espléndidas, pero desastrosas conquistas de Italia, esperando sacar mayor provecho y estabilidad de las que meditaaba emprender en Alemania.

1538.
8 de
enero.

Dicen que por medio de un artículo secreto con Felipe II se obligó á extirpar la herejía y los herejes. Estos habian sido acogidos desde luego en Francia; pero la Sorbona los condenó de repente; nada significaba para los reyes de Francia romper ó debilitar el poder romano, bastante refrenado en sus reinos, al paso que significaba mucho la alianza con los papas en atencion á los pensamientos que sobre Italia abrigaban. Sin embargo, los reformados cobraron aliento al ver que Francisco I favorecia á Enrique VIII contra el papa, y á los protestantes alemanes contra Carlos V y se deleitaba con la lectura de los chistes de Erasmo; al ver que la asamblea del clero frances en Tours declaró que el rey podia hacer la guerra al papa y ejecutar los decretos del concilio de Basilea, y al ver por último que la universidad condenó el libro de Tomas de Vio, en que se sostenia que el papa era monarca absoluto de la Iglesia. Francisco, en un momento de despecho, dejó escapar la amenaza de hacer mal tercio al papa, separándose de la Iglesia, pero el nuncio le dijo: « Señor, no perderéis vos ménos que

» el papa, pues nueva religion trae nuevo prin-
» cipe. »

Francisco, pues, no pasó á vias de hecho; y si bien es cierto que en un principio desaprobó altamente el modo de proceder de los parlamentos y la inquietud de los innovadores al ver que los mismos excesos se reproducian en Alemania, se rompian las imágenes, se ensalzaban los sacrilegios y surgian turbulencias por todas partes, cambió de opinion; y á disgusto de su querida hermana Margarita, conquistada por las nuevas doctrinas, se dejó convencer por el parlamento y la Sorbona de la necesidad de perseguir á los calvinistas, especialmente desde el momento en que dejaron traslucir sus sentimientos republicanos. Los primeros mártires de aquella causa en Paris y en los Alpes ya hemos visto cuáles fueron, y deplorado su suerte (1). Mas severa se mostró con los novadores Luisa de Saboya, regenta durante la prision del rey, estimulada por el gran canceller Duprat; y las Iglesias establecidas antiguamente en Meaux, Montbeliard y Lyon sucumbieron de resultas de las decisiones de la Sorbona y las determinaciones del parlamento.

Enrique II, arrastrado de su celo, del cardenal Lorena y de Diana de Poitiers, dobló los rigores, y permitió que se estableciese una Inquisicion y cámaras ardientes que traspasaban toda legalidad. Los magistrados corregian los abusos absolviendo á muchos condenados, aunque Enrique de vez en cuando se presentaba armado entre ellos; de modo que la Reforma, combatida por la verdad, la incredulidad y la disolucion, en ninguna parte hizo tantas victimas como en Francia, hasta que se vió reducida á sepultarse en los desiertos, y á crecer en el silencio de las provincias ántes de aventurarse á penetrar en la capital.

Con las ejecuciones se aumentaban los disidentes, que estimulados por los calvinistas de Ginebra, se reunian para cantar los salmos vulgares de Marot, y construyeron en Paris y otras ciudades iglesias semejantes á la ginebrina. Los Borbones disimulaban; los príncipes de Alemania retrocedian en sus persecuciones, y habiendo un dia el pueblo invadido su iglesia en Paris, los que no pudieron con las armas abrirse camino, fueron presos y algunos ajusticiados.

Estando un dia Enrique justando en un torneo, fué muerto; débil juguete de las mujeres y de los partidos, dejó la hacienda exhausta y el reino embrollado á Francisco II, de diez y seis años de edad, tan débil como él. Los partidos religiosos cobraron nuevas fuerzas, y se coligaron con los intereses y las pasiones. Al frente de uno de ellos estaban seis hermanos Guisa (2), poderosos por el apoyo que les pres-

(1) Véase la pág. 277.

(2) El primer duque de Guisa (1528) fué Claudio de Lorena, muerto en 1550. Dejó seis hijos: Francisco, duque de Aumale, despues de Guisa; Carlos, cardenal obispo de Metz, despues arzobispo de Reims; Claudio, duque de Aumale desde 1547,

taba España, y porque su sobrina María Estuardo estaba casada con el rey: á fuerza de distribuir pensiones y condecoraciones, se cautivaron la voluntad del pueblo, cuyo favorito era el duque Francisco por haber tomado á los Ingleses á Calais en ocho dias. Eran jefes del partido de los príncipes de la sangre Antonio de Borbon, rey de Navarra, su hermano Luis, príncipe de Condé, Francisco Coligny, coronel de la infantería, y en particular su hermano el almirante Gaspar, suegro de Guillermo de Orange, enemigo mortal de los Guisas por intereses, ambicion y religion, profundo político y acérrimo demócrata en medio de aquella arrogante aristocracia. Señor, decia al rey: « Haced la guerra al rey de España, ó de otro modo os la haremos nosotros. »

Catalina
de
Médicis.

Catalina de Médicis, sobre quien descargaron todo su odio los Franceses que vieron encarnada en ella la astucia y la crueldad de los Italianos, una corrupcion calculada, una fria crueldad y una política egoísta y ruinosa para Francia, representaba un gran papel ademas en el partido toscano: unida al príncipe por razones de política, se veía despreciada por su marido, que la posponia á su amada. Salida de improviso de una situacion humilde, bella, llena de majestad en el vigor de sus años, amaestrada en la desgracia é irritada por las humillaciones, dominadora y sin embargo amada de sus hijos, invencible en el arte de fascinar los ánimos, pensó no en la ventura de un pueblo que no era el suyo, no en la conservacion de una fe que no llevaba en el corazon, sino en su propio dominio; y sin embargo de esto, contribuyó á conservar la Francia, en una época en que tan fácilmente podia haberse fraccionado, ó caído bajo el yugo de una tiranía semejante á la española. Siempre llevó los lutos de viuda, y no obstante, su detractor Brantome la acusa de malas costumbres, porque toleraba las de los demas. Era tan poco enemiga de la religion reformada, que muchas veces hacia que en su cámara, mientras estaba á la mesa (1), la predicasen un sermón; hizo que al joven Carlos IX le predicase el obispo de Valencia con la misma claridad que si estuviese en Ginebra. Dejemos á un lado las convicciones: como el gran enemigo de Francia Felipe II era jefe de la fraccion católica, Francia debia aliarse con los protestantes, que era la fraccion á cuya cabeza figuraron los reyes precedentes. Pero los calvinistas cesaron de ser una escuela para convertirse en una bandería peligrosa; por lo que Catalina conoció que no podia conservar el país, sino

Luis obispo de Troyes, despues cardenal obispo de Metz; Francisco, gran prior de la orden de Malta y almirante de Francia, y Renato, tronco de los Elzouf.

(1) Carta del nuncio Santa Croce, 13 noviembre de 1561, en las *Actes ecclési. civil. et syned.*, tom. I.

Duplessis-Mornay dice que el señor Fenquères y otros celosos Católicos « se fesoient faire la presche en la chambre de la » royne mere du roy pendant son disner, estant aydés á ce » faire par ses femmes de chambre, qui estoient secretement » de la religion. »

contando con el mayor número, es decir, con los Católicos. Aunque odiaba á los Guisas, se puso de acuerdo con ellos para suplantar á Diana y al condestable Ana de Montmorency que la patrocinaba; y en efecto fué desterrada; Ana se unió á los Borbones; el rey de Navarra tuvo una fria acogida que su debilidad justificaba; los Guisas obtuvieron los cargos mas importantes del país, y humillaron á los religionarios, prohibiendo todas las reuniones, bajo pena de muerte (1).

La oposicion robusteció el fanatismo de los vencidos, que estropeando el nombre de coligados suizos (*Éidgenossen*), se titularon hugonotes; y autorizados por las decisiones de los jurisconsultos y los teólogos á tomar las armas, eligieron por jefe al príncipe de Condé y por su lugarteniente á Godofredo de Barry, señor de la Renaudie, proponiéndose abatir á los extranjeros, es decir, á la Médicis y á los Lorenas, pedir al rey libertad de cultos, y si no triunfaban, tomar á Blois, arrestar á los Guisas, y obligar al rey á que eligiese lugarteniente del reino á Condé.

En vano los Guisas, avisados por cartas extranjerías, llevaron al rey á Amboise é hicieron publicar una amnistia para los reformados, excepto los predicadores, suspendiendo todas las persecuciones hasta la convocacion de un concilio general; los conjurados atacaron á Amboise; pero fueron hechos prisioneros, y la horca y el Loira exterminaron mil doscientos. El príncipe de Condé, que por su nacimiento no podia ser procesado ordinariamente, alegó que era inocente arrojando el guante á quien se atreviera á negarlo; fué absuelto, pero el deseo de venganza le llevaba en el corazon; los demas confesaron haber conspirado, pero solo contra la torcida administracion de los Guisas. Condenados al fin, sumergiendo las manos en la sangre de las victimas, maldijeron á Catalina, á sus hijos, á María Estuardo y á las damas, que como á un divertido espectáculo asistian al suplicio. En tanto los calvinistas gemian bajo los furros del pueblo; apénas aquel dia dijo Paris: *Abajo los herejes*, los demas parlamentos hicieron lo mismo, y la guerra civil se alzó triunfante, tanto mas horrible cuanto se forjó al pié de los altares. Un procurador del rey obligó á sus compañeros á sentenciar á muerte su propio hijo, y lo hizo ahorcar en su presencia, como el antiguo Bruto.

Miguel L'Hôpital, elevado al cargo de gran canceller de Catalina, hombre íntegro y elocuente, que á la patria y á la verdad posponia la gratitud, tipo de aquellos esforzados varones que sostuvieron el honor de la magistratura,

1560.
Conju-
racion
de
Am-
boise.
17 de
Mayo.

L'Hô-
pital.
1563-75

(1) Véanse CATALINO DÁVILA, *Historia de las guerras civiles en Francia*, contemporáneo y actor en ellas.

CHARLES LACRETELLE. *Hist. de France pendant les guerres de religion*, tom. 4, Paris, 1814.

ANQUETIL. *L'esprit de ligue; ou Histoires politiques de troubles de France pendant le XVI^e et le XVII^e siècle.*

Las Memorias de MIGUEL DE CASTELNAU 1559-70; de TAVANNES 1530-73, y de BRANTÔME; *Mém. des royales économies d'Etat* par MAX. DE BÉTHUNE, *duc de Sully*.

aun por cima de los déspotas, fué autor de excelentes edictos, que en tiempos tan miserables presagiaron el bien para lo porvenir; pero hábil piloto en tempestad deshecha, demostró que la prudencia es estéril cuando se trata de combatir las pasiones dominantes. Quisieron los Guisas robustecer la Inquisición, y dió un decreto en que se daba á los obispos la facultad de procesar á los herejes, y se decía que los parlamentos estaban obligados á ejecutar sus sentencias. Estas innovaciones excedían de las atribuciones del consejo; pero él solo intentaba destruir aquellos infames designios y decía: « El edicto no se sostendrá; pero una vez establecida la Inquisición, ¿cuando cesaría? » En efecto, Católicos y protestantes clamaron contra aquel edicto, el parlamento se negó á registrarlo á no ser á la fuerza, y el descontento general hizo blanco de su saña á L'Hôpital, que no vaciló en hacerse objeto de las maldiciones.

Coligny.
1560.
29 agosto.

Habiéndose convocado por consejo suyo á los notables en Fontainebleau, el almirante Coligny se declaró jefe de los calvinistas, y presentó una instancia de ellos en que suplicaban, después de protestar al rey de su fidelidad, la libertad de cultos y el sobreseimiento de los procesos. Guisa advirtió que dicha instancia no estaba firmada, y Coligny le respondió: « Un momento y la llenarán diez mil firmas. » — Y yo, replicó Guisa, presentaré otra en « sentido contrario, y cien mil personas la firmarán con su propia sangre. » Como muchos obispos sostuvieron la demanda, se convocaron los demás Estados generales en Orleans, y en el interin se suspendieron las ejecuciones: L'Hôpital, que aconsejó esta medida, esperaba hallarlos propicios; pero Guisa hizo de ella un lazo en que cayeron los enemigos.

Apénas llegó á Orleans el rey de Navarra, á pesar del salvoconducto, fué cercado de espías; y Condé arrestado, puesto en el tormento, y condenado á muerte. Debía ser ejecutado el día de Navidad, á la apertura de los Estados, en los cuales Guisa, teniendo como tenía en sus manos á los jefes de los hugonotes, pensaba obligarles á firmar una profesión de fe, que hubiese sido obligatoria para todo el reino, cortando de un golpe, como entónces se decía, la rebelión y la herejía. Pero afortunadamente para los calvinistas, el débil Francisco II murió á los diez y siete años, y Catalina, elevada á la regencia en nombre de Carlos IX, su hijo de edad de diez años, puso en libertad á Condé declarándole inocente, prometió al rey de Navarra el título de lugarteniente general, cuyo mismo título conservó á Guisa, volvió á llamar al condestable, celoso Católico, y se aconsejó del almirante, protestante declarado.

15 de diciembre.

Bajo tales auspicios reuniéronse los Estados Generales, á los que L'Hôpital propuso un cuerpo de leyes sobre la administración pública en general; obra inmensa, que en ménos de dos meses quedó discutida y votada, y cuya parte relativa al comercio fué adoptada por todas las

naciones mercantiles. Apénas es creíble cómo un hombre solo pudo hacer tanto en tiempos tan borrascosos, y además recrearse en el cultivo de las letras y ser uno de los mejores poetas latinos. Él no cesaba de recomendar la adopción del mejor medio de gobernar, sin reparar en personas: *Afuera, afuera*, decía, *esos nombres diabólicos, nombres de partidos y de sediciones, luteranos, hugonotes y papistas: no cambiemos por ellos el nombre de Cristianos*. Las rentas estaban en un completo desorden, con un débito de 43.000.000 al doce por ciento; pero habiéndose pedido cuentas de las sumas invertidas en los reinados anteriores, los Guisas disolvieron la asamblea. Reunida después en Pontoise, apareció que los fondos de la Iglesia, no contando los edificios, subían á 4.000.000 de renta, que hoy producirían el cuádruplo; por lo que se propuso que se vendieran, y de los ciento veinte millones que se suponía producirían, dedicar cuarenta y ocho al sostenimiento del clero, y el resto al del Estado. El clero atemorizado se comprometió á sostener los débitos públicos, abandonando por seis años cuatro décimas partes de sus rentas; y los demás estamentos ofrecieron á la corona un nuevo subsidio extraordinario sobre las bebidas, que producía 1.200.000 fr.

Habiase hablado mucho contra los calvinistas, pero no creyendo Catalina conveniente el rigor, y perseverando en su sistema de tolerancia, perdonó lo pasado y mandó que se convirtieran ó saliesen del reino, bajo pena de la vida. En tanto, sin embargo, el mariscal Saint-André, el condestable de Montmorency y el duque de Guisa, animados por Felipe II, formaban la *Liga*; por lo que las sectas cobraron nuevos bríos, y los moderados fueron desoidos.

Catalina había escrito á Pio IV pidiéndole algunas concesiones para los protestantes que por momentos se aumentaban, entre otras la supresión de las imágenes, y en el bautismo la del exorcismo y la saliva, facultad para que también los seglares pudiesen comulgar bajo las dos especies, la simplicación de la misa, el uso del francés en la liturgia y la abolición de la festividad del Sacramento, « con lo que se podrían unir las dos Iglesias. » Propúsose después una entrevista en Poissy para intentar un acomodamiento, al que Pedro Mártir Vermiglió y Teodoro Beza fueron llamados por el rey de Navarra para que rebatiesen al cardenal de Lorena y á Claudio Despense, doctor de la Sorbona: los príncipes de la sangre comparecieron en ella; pero esta controversia, como las demás, no condujo á nada: ambos partidos cantaron el triunfo, y ninguno se sintió dispuesto á hacer concesiones, haciendo verdadero el dicho de Condé cuando fué preso: *No hay mas acomodo que la punta de la lanza*. Los calvinistas dieron rienda suelta á su osadía, tuvieron asambleas públicas, y contaban ya con dos mil ciento cincuenta iglesias; pero los

1561.
29 de enero.

Coligny de Poissy.

Guisas corrieron á halagar la ambición del rey de Navarra, prometiendo restituirle el reino perdido, y se unió al triunvirato de sus enemigos, que cercaba la corte, privando á la reina de su influencia. Esta, resuelta á dominar, recurrió á Condé y por consejo de L'Hôpital, concedió á los protestantes libertad para ejercer su culto, pero fuera de las ciudades y sin turbar el católico.

1652.
Enero.

Condé y Guisa.
1º marzo.

Estas contemplaciones dieron el mismo resultado que en Alemania. Antonio, tan ambicioso como débil, despechado porque su hermano Condé figurase en primer lugar entre los calvinistas, al paso que él se veía despreciado de los suyos y de los contrarios, se lanzó á combatir de un modo furibundo la nueva religión; los Guisas, alentados por esto, llamaron al duque en su socorro; pero habiendo insultado en el camino sus soldados á los calvinistas reunidos en un oratorio próximo á Vassy en Champaña, echaron mano á las armas, y esta primera gota de sangre convirtió las agitaciones de cuarenta años en una guerra que duró treinta, y que acarrió mayores desgracias que á ningún otro país (1).

(1) Marco Antonio Bárbaro, embajador en 1563, daba cuenta de estos hechos al gobierno de Venecia en una apreciable relación, que se encuentra en el tom. II de las *Relations des ambassadeurs vénitiens sur les affaires de France*. Paris, 1838. De los sucesivos le informó Juan Correr en 1569: « Encuétrase este reino sumido en gran confusión, porque, existiendo las divisiones de religión (convertidas casi en dos facciones y en particulares enemistades), es causa de que cada cual, sin tener presente la amistad ni el parentesco, esté con el oído atento y escuche lleno de sospecha de dónde proviene el mas leve rumor. Temen los hugonotes, temen los Católicos, teme el príncipe y temen los súbditos, y á decir verdad, mas temen el príncipe y los Católicos que los hugonotes, porque estos, atrevidos é insolentes, se curan poco de los edictos de paz y otros mandamientos reales, atentos solo á buscar los medios posibles de ampliar y dilatar su religión, predicando en distintos lugares prohibidos, y hasta en Paris, donde el pueblo es tan devoto (excepto un pequeño número) y tan contrario suyo, que con entera seguridad puedo afirmar que en diez de las mayores ciudades de Italia no se hallaría tanta devoción, ni semejante desvío respecto de los enemigos de nuestra fe como en él. Los hugonotes, no obstante, despreciando todo esto, creen lícito reunirse en muchas casas particulares, y en vez de servir de campanas, anuncian la hora de la reunión por medio de arrebuzos. Por el contrario, los Católicos no muestran tal osadía, y la serenísima reina, atemorizada con el recuerdo de las sublevaciones pasadas, no se determina á dar paso alguno que pueda inspirarles la mas mínima sospecha. Aparentando, pues, que no sabe lo que pasa, los tolera con harta paciencia, los acoge humanamente, y con aparente bondad los patrocinan y los favorece. Cree su majestad (como mas de una vez me ha dicho ella misma) obligarlos de este modo á permanecer tranquilos y contentos, y espera que el tiempo la ayude á desarraigarse esta idea, que mas bien juzga hija de la ambición y el deseo de venganza que efecto de la religión. También espera que segun vaya el rey entrando en años, crecerá la obediencia de sus súbditos, y así ya será mas fácil impedir que los sediciosos levanten la cabeza delante de él... »

» Bajo el nombre de hugonotes se ocultan tres clases de personas, los grandes, la clase média, y la baja: los primeros están aliados en esta secta por ambición y deseo de sobrepasar á sus enemigos; los segundos por el atractivo de vivir en libertad y la esperanza de enriquecerse, *siguante*, con los bienes de la Iglesia, y finalmente los últimos, alucinados por una vana creencia. De modo que puede decirse que en los primeros y segundos, en unos impera la ambición y en otros el robo, y en los últimos la ignorancia. Los grandes, sirviéndose de la religión como de una prostituta, pueden decir que han realizado en parte sus propósitos, y por esto son tan apreciados y temidos los nombres del príncipe de Condé y el almirante como los del rey y la reina: la clase média lleva cada día mas adelante

Colocada entre dos ambiciosos, ménos inclinados á los intereses religiosos que á apropiarse la autoridad de un rey tan débil, Catalina no se creyó con las fuerzas suficientes para mantener la balanza en el fiel, y huyó. Pero Guisa, que entró en Paris triunfante, cayendo con los triunviros sobre Fontainebleau, se apoderó del rey y de su madre con objeto de darse cierto aspecto de legitimidad. Condé tomó á Orleans, la primera ciudad del reino después de Paris, que estaba llena de calvinistas; los cuales bajo pretexto de haber sido llamados por Catalina para libertar *al hijo y á la madre*, se reunieron, tomaron muchas ciudades, corrió la sangre, los monumentos fueron destruidos, saqueados los tesoros de las Iglesias, y los Católicos no pudieron defenderse ni fortificarse (1).

sus designios, y el pueblo bajo, es decir, la pequeña parte de pueblo con que cuentan, por medio de esta nueva religión espera conquistar el paraíso. En todas las provincias tienen un jefe, que viene á servir de contrapeso al gobernador del rey, que no reconocen como suyo: al lado del cual hay otros muchos además de los subordinados, segun su condicion y calidades, que esparcidos por el país, con autoridad y poder suficientes (pues todos son nobles por su sangre y merecimientos) favorecen y ocupan á las gentes de baja esfera. Después de estos están los ministros, que con exquisita diligencia instruyen al pueblo, le afirman en sus opiniones; y valiéndose de toda clase de industrias, trabajan y se afanan en seducir á los demás. He dicho con exquisita diligencia; pero para hablar mas propiamente, debo emplear el superlativo exquisitísima: si nuestros sacerdotes hicieran la mitad que ellos, no se vería el Cristianismo envuelto en las confusiones que hoy le cercan. Contribuyen muchas veces estos á recaudar limosnas que da generosamente el pueblo bajo, de las que participan los grandes y la clase média. Sin estos socorros no hubieran podido los príncipes hacer los gastos que hacen, que mas bien parecen de reyes que de grandes y nobles particulares. Ahora bien, de este orden de cosas y de esta igualdad de fines, estrechamente unidos, resulta una voluntad acorde, y una union tan grande entre ellos que los pone en estado de obedecer súbitamente, de entenderse unos con otros, y de ejecutar con no ménos rapidez todo lo que sus superiores prescriben. De este modo consiguen en un día y en un hora fijada, guardando un profundo secreto, insurreccionar todos los puntos del reino, y encender una guerra peligrosa y cruel para todos. »

(1) Montluc, nombrado gobernador de la Guiana, nos refiere con admirable ingenuidad las condiciones del país y las ejecuciones que por su orden se hacían: « Les ministres » preschoient publiquement que, si les catholiques se mes- » toient de leur religion, ils ne payeroient aucun devoir au » gentilshommes, ny au roy aucune taille, que ce qui luy » seroit ordonne par eux; autres preschoient que les roys ne » pouvoient avoir aucune puissance que celle qui plairoit aux » peuple; autres preschoient que la noblesse n'estoit rien » plus qu'eux: et de fait, quand les procureurs des gentils- » hommes demandoient les rentes à leurs tenanciers, ils leur » respondoient qu'ils leur montrassent en la Bible s'ils le » devoient payer ou non, ven que si leurs predecesseurs » avoyent esté sots ou bestes, ils n'en vouloient point estre. » Quelques-uns de la noblesse commencioient à se laisser » aller de telle sorte qu'ils entroient en composition avec » eux, les priant de les laisser vivre en seureté en leurs mai- » sons, avec leurs labourages, et quant aux rentes et fiefs, » ils ne leur en demandoient rien. D'aller à la chasse, il » n'y avoit homme si hardy qui osast y aller; car ils ve- » noient tuer les levriers et les chiens au milieu de la cam- » pagne et n'osoit on dire mot, à peine de la vie, etc. »

Montluc, pues, *contre son naturel* se vió precisado á *user non seulement de rigueur, mais de cruauté*, y esto le granjeó el nombre de conservador de la Guiana. De resultados de haber asesinado los protestantes al señor de Fumel, Montluc hizo prender á los culpados, y en un día ahorcar y agarrar á treinta ó cuarenta de ellos. Noticioso de que en la Gironda había sobre unos ochenta hugonotes, prendió é hizo dar garrote á setenta en las pilastras de la plaza *sans autre cérémonie*, lo que añade aterrorizó al país, pues es sabido que un ahorcado hace mas impresión que

El rey ó el triunvirato les declaró rebeldes, enganchó Suizos, contrajo alianza con Alemania, España, Saboya é Italia; las demas naciones protegieron á Condé, especialmente Isabel de Inglaterra, que recibió en garantía el Havre de Gracia; pero lo mismo su apoyo que el de Felipe fueron débiles; apoyo como de quien desea estas perturbaciones por el partido que de ellas puede sacar.

Empeñada la guerra, el rey de Navarra murió peleando en Ruan: Condé fué hecho prisionero del intrépido duque de Guisa, que le ofreció su propio lecho; los reformados eligieron por su jefe al almirante Coligny; pero en esto fué Guisa asesinado por un protestante en Orleans. Catalina, con su muerte, volvió á verse aislada en el poder y trató de negociar la paz: el edicto de Amboise prometia á los reformados libertad en materias de religion y amnistia; y para hacer frente á los gastos ocasionados por la guerra enajenó bienes del clero por valor de tres millones, cosa extraordinaria en Francia.

Aunque bastó un solo año de guerra civil á elevar la deuda pública de 53 á 60.000.000, al paso que los ingresos apenas alcanzaban á nueve, de los que en años de revueltas apenas entraba en caja una tercera parte, Catalina tuvo la corte mas espléndida de Europa: lo que á veces faltaba de magnificencia, lo suplían la gracia y el gusto: dispensaba sonrisas y halagos aun á los que odiaba; intentó atraer á la corte á los grandes con el disimulo y la corrupcion; pero solo consiguió corromperlos, no que se aficionaran á ella. Aumentó hasta cincuenta el número de sus damas de honor, hijas todas de las principales familias de Francia y las que no, recomendables por su belleza y donaire: y ora hacia que la acompañasen á sus brillantes cabalgatas, á caza ó correr sortijas, ora las hacia ejecutar bailes compuestos por ella sobre asuntos del *Furioso* ó de *Amadís*. Protegió á los artistas y á los sabios: encomendó la educacion de su hijo á Amyot; conoció el mérito de Montaigne ántes que diese á luz sus obras; admiró á Ronsard, el sol de su época; y distinguió especialmente á Brantome, que fué su acérrimo partidario; y pretendieron disculparla Jodelle, Baif y Dorat. Hizo construir el palacio de las Tullerías (1560); dió trabajo á Juan Goujon, Fidias frances (1); y cuando llegaba el caso,

cientos asesinados. En suma, en solo un año que estuvo en el mando de la Provenza, hizo perecer en el patibulo setecientos setenta hombres, cuatrocientas sesenta y tres mujeres, y veinticuatro niños.

(1) El mencionado Juan Correr, embajador de la Serenísima, escribia en 1569: «Adviértese en la reina algo del carácter de sus mayores; parece, no obstante, querer dejar memoria de sí y construye edificios, instituye bibliotecas, y reúne antigüedades. Empeña todas estas obras, pero luego las abandona por atender á otras. Es caritativa, cortés y amable con todos. Tiene por principio no dejar que nadie se aparte de ella sin ir contento, y lo hace de palabra á lo ménos, de lo que es en extremo pródiga. Tiene una gran asiduidad para los negocios, cosa que á todos asombra y maravilla, pues nada se hace ni se con-

montaba á caballo como una hermosa *Marfisa* para asediar al Havre, y hacer frente á los cañones de Ruan.

Entretanto todo parecia convertirse en italiano y gentil: Ronsard y sus amigos sacrificaron á Baco un macho cabrío; se llenaban los escritos de alusiones mitológicas, mientras los de los reformados se componian todos de trozos de la Biblia: cuando Amyot publicó su traduccion de Plutarco, todos querian tomar por modelo alguno de los *hombres ilustres*; el duque de Guisa tenia por norma á Escipion; á Fabio el mariscal de Brisac; á Caton el Censor el condestable; Chatillon á Caton de Utica; solo Carlos IX fué el único que no imitó ni aun la parte generosa de aquellos héroes. Enrique Stéfano y otros cultivadores del buen gusto persiguieron aquel bastardeamiento del frances italianizado, y los poetas, los Italianos y los cortesanos eran envueltos por el pueblo en un odio comun.

Entre los Calvinistas y católicos se interpusieron un gran número de sectarios, que bajo la apariencia de Cristianos, eran verdaderos epicúreos, que pensaban en gozar, y no en lo que viene despues de la muerte. Llamábanse *políticos*, y á la manera de los *filosóficos* del siglo

viene cosa alguna, por insignificante que sea, en que ella no intervenga. Ni come, ni bebe, ni duerme apenas sin tener á alguien que la moleste ó importune. Corre de aquí para allí en los campamentos, haciendo lo que deberian hacer los hombres, sin reparar que expone su vida. Sin embargo, nadie en Francia la quiere, ó á lo ménos, muy pocos: los hugonotes dicen que los entretiene con buenas palabras y fingidos halagos, al mismo tiempo que está en negociaciones con el rey católico para destruirlos. Los Católicos, por el contrario, dicen que si ella no los hubiese engrandecido y favorecido, no hubieran podido hacer lo que han hecho. Además, acontece ahora en Francia lo que nadie pudiera imaginar: todos piden con audacia lo que les parece, y cuando se les niega, gritan y acriminan á la reina, creyendo que por ser extranjera, nada de lo que daba, si algo daba, era suyo. Á ella se atribuyen tambien las resoluciones que se adoptan en guerra y paz, que no son bien recibidas, como si gobernase por sí enteramente, sin la ayuda del parecer y consejos de los demas. No diré yo que la reina sea una sibila y que no pueda equivocarse, ni que muchas veces se demasie en sí misma, pero sí diré, que no hay príncipe, por sabio y experimentado que fuera, que no hubiese perdido ya la paciencia, al ver detras de sí una guerra en la que difícilmente podia distinguir el amigo del enemigo, y delante de sí, cuando queria obrar, la necesidad de tener que valerse de las obras y consejos de las personas que le rodeaban, cuyas interesadas miras y falta de fidelidad en algunos conocia. Repito que no habria rey tan prudente que no se hubiera ya perdido entre tantos adversarios, no ya una extranjera, sin confidentes, atemorizada y que nunca oye una palabra de verdad. En cuanto á mí, serenísimo príncipe, confieso que me maravilla que no haya desmayado ya ó caído á los golpes de una de las dos partes, cosa que hubiera producido la ruina de este reino. Pues es de saber que á ella sola se debe la escasa majestad régia que se observa en esta corte, de lo que yo la he compadecido mas bien que acusado. Y se lo he dicho con buena intencion; intencion de que me enorgulleci, al indicarme su majestad la difícil situacion en que se hallaba: varias veces me ha recordado despues este suceso. Sé que la han sorprendido mas de una vez llorando en su gabinete; luego, sobreponiéndose á sí misma, enjuga sus ojos y se deja ver en los sitios públicos serena y alegre, con objeto de que los que formaban juicio del estado de las cosas, por el estado de su semblante, no se atemorizaran. Volví despues á desempeñar sus negocios, y no pudiendo hacerlo á gusto suyo, se acomodaba en parte al de los demas; y de aquí aquellas determinaciones sin piés ni cabeza, con las cuales en menoscabo suyo ha dado que hablar al mundo entero. » *Relaciones*, II, 154.

pasado, tenían la razon por único Dios, creían que la religion era muy á propósito para reprimir al pueblo al paso que con el ateísmo crecían las supersticiones y la creencia en las hechicerías; eran egoístas en su tolerancia, humanos por escepticismo y solo poseían la moderacion de la indiferencia. Los cortesanos los miraban como un motivo de diversion; pero las personas graves y el pueblo estaban escandalizados y disgustados de verlos; los Jesuitas los anatematizaron desde el púlpito: Garasse se constituyó en órgano jocoso de la reaccion moral, y Teófilo de Viau, campeón del libertinaje, fué quemado en efígie (1). La clase baja se entusiasmaba con el Catolicismo; la ciudad de Paris era en extremo devota, y asistia con avidez á los suplicios de los hugonotes, y gritaba con ira cuando veía que la corte los toleraba ó que se inclinaba á formar alianzas protestantes.

Declarado el rey mayor de edad por sugeriones de L'Hôpital á fin de sustraerle de la dominacion de Condé, confió á su madre los asuntos del Estado (2); y esta, en su indecision

(1) En la *Pourmenade des Bonshommes, ou le jugement de nostre siècle*, sátira del año 1623, se lee: « Bonne mine, » bonne piffle, bien frisez, perruquez, godronnez, parfumez, » le jeu et le b... frequentez, calomnies contre les honnestes » femmes qui ne les auront voulu escouter, vantises de celles » qui auront esté si soites que de leur prester; ne point » payer ses debtes; quand on est aux champs, faire le petit » roy; lever des contributions sur les vassaux, faire tra- » vailler à corvées; frapper l'un, battre l'autre, faire des » mariages à leur plaisir; c'est pitié que d'avoir à vivre avec » eux. La guerre vient-elle, on capitule avec le roy, on ne » le sert qu'en payant, prend tout pour soy, appointe ces » pauvres malotrus soldats à courir la poule et denicher les » cochons de nos fermes, n'y rien laisser que ce qu'ils ne » peuvent avaler ou emporter; et le pauvre manant et sa » deplorable famille courbent sous ce faix insupportable. »

(2) Entre las muchísimas cartas que existen de Catalina de Médicis á su hijo, hay una muy larga en que le da instrucciones acerca del modo de recibir á la corte, poco ántes de la matanza de San Bartolomé. Le felicita de que « lo haya arreglado todo por medio de la paz que Dios le habia concedido, de que no haya perdido un momento en poner los asuntos con arreglo al orden y á la razon, especialmente aquellos que pertenecen á la Iglesia y á la religion, para cuya conservacion, así como para tener buena vida y dar buen ejemplo, debe procurar someterlo todo á ella, conservar á su lado á los buenos y limpiar el reino de malos... Desearia que adoptáseis una hora fija para levantaros de la cama, y que para tener contenta á la nobleza, hiciéseis lo que el difunto rey, vuestro padre, que cuando se ponía la camisa y los vestidos, mandaba pasar á todos los príncipes, señores, capitanes, caballeros de las órdenes, gentiles hombres de cámara, jefes de palacio y gentiles hombres de servicio, y hablaba con ellos y esto les causaba un gran placer. »

Le recomienda que no deje pasar las diez sin haber oído misa, que coma á las once; le marea el tiempo que ha de dedicar á los negocios, á la caza, á los placeres; le dice tambien que dé bailes dos veces á la semana, « porque he oido decir al rey vuestro abuelo, que para vivir en paz con los Franceses y para hacerse querer, era necesario tenerlos alegres y ocupados en algun ejercicio. »

Añade luego algunas particularidades sobre el buen gobierno de la casa de Francisco I, y dice: « Los porteros no debaban entrar á nadie en el patio del castillo, á no ser á los hijos, hermanos y hermanas del rey, en coche, á caballo ni en litera... y por la noche cuando el rey se retiraba, se cerraban las puertas y se ponía la llave debajo de su almohada... Cuando vaya á la corte algun empleado de las provincias, procurad hablar con él... lo cual he visto hacer á los reyes vuestro padre y vuestro abuelo, llegando á preguntarles acerca de los asuntos de su casa, cuando no sa-

entre los reformados y los Católicos, esperando que se destruirían unos á otros, descontentó á ambos partidos: por fin, para no dar importancia á Condé, se decide por los Católicos, uniéndose con España; y mientras se celebran fiestas y torneos en el congreso de Bayona, conferencia con el duque de Alba sobre el modo de exterminar á los disidentes. Recelosos estos, se prepararon á la resistencia, ocuparon muchas plazas y trataron de sitiar por hambre á Paris: dase una batalla en Saint-Denis y en ella muere Ana de Montmorency á los sesenta y cuatro años de edad, por lo que el mariscal de Villeville decia á Carlos: « No ha sido Vuestra » Majestad quien ha ganado la batalla, ni el príncipe de Condé, sino el rey de España. » Derrotados los calvinistas, se retiraron, pero en breve se rehicieron y volvieron á presentarse: Condé llamó á los alabarderos alemanes, y para pagarlos, se desprendieron sus partidarios de los anillos, cadenas y demas objetos de valor. Por fin se firmó la paz en Lonjumeau, que fué un ardid de Catalina para librar del sitio á Paris; pero despues que licenciadas las tropas, los jefes protestantes quedaron de simples particulares, se atizó el encono del pueblo contra los hugonotes, exterminándolos donde habia pocos; y con objeto de emplear sin obstáculos los medios violentos, se alejó á los *políticos* que aconsejaban siempre la prudencia, y á L'Hôpital que en todas ocasiones habia procedido con la mayor circunspeccion, y con arreglo á las leyes.

El testamento de este es una pintura fiel de todo lo que ocurrió despues de la muerte de Francisco I: « Yo cedi á fuerzas superiores á las mias, y me retiré al campo con mi mujer, » mi hija y mis nietos, rogando al rey y á la reina esta última gracia, ya que habian de terminarse declarar la guerra á aquellos con quienes poco ántes habian hecho un tratado, » y me separaban de la corte por ser contrario á sus proyectos: les rogaba que á lo ménos despues de haberse saciado de la sangre de sus súbditos, aprovecharan la primer ocasion de paz que se les ofreciese, ántes que ocurriese una ruina completa, porque esta guerra, » cualquiera que fuese su resultado, no podria ménos de ser perjudicial al rey y al reino. »

Pero ¿se escuchan acaso los consejos prudentes en medio del ardor de las facciones? Libre ya de impedimentos, trató Catalina de sorprender al príncipe de Condé y al almirante de Coligni, que eran los únicos á quienes temia; pero habiéndolo evitado estos, se refugiaron en

bien de qué hablar, tanto para decir algo... De este modo las imposturas inventadas para desfigurarlos á los ojos de vuestros súbditos serán de todos conocidas... Me olvidaba de un punto muy importante y fácil de ejecutar si lo aprobáis; y es que tengáis de vuestra parte en todas las principales ciudades del reino tres ó cuatro de los principales comerciantes bien quistos entre sus conciudadanos y los favorezáis mucho sin que nadie lo sepa, y no puedan decir que compráis á vuestros favorecidos, y consigáis de este modo que nada se haga ó diga en la ciudad ni en las casas particulares que no lo sepáis. »

1563.
19 de
mayo.

Espléndidez
de
Catalina.

Los políticos.

1563.

1567.

Tratado
de
Lonjumeau.
1568.
2 mar-
zo.

Exterminacion
de
los
hugonotes.